No. 5 Febrero 2020

EJEMPLAR DE MUESTRA

Si quieres disfrutar la versión completa de la revista, visita nuestra pagina:

https://www.rigormortisrevista.com/

Con Textos de:

7u7corp
Angie Aranda
Brenda Hernández
La Chica Llamada Cuervo
Diego Antonio Guzmán Cruz
Jessica Ladrón de Guevara
J.G. Zamora
José Francisco Camacho Aguilera
Karen Delgado
Karla Barajas
LAWEROSE77
María Elisa Robenolt Lenke
Mimí Marimar
Pavel Torres
La Pierna de Ajab
Pris Ortiz
Victor Lowenstein

E Ilustraciones de:

Alejandro García Meléndez
Ana Argüelles
Anne Dsk
Axel Contreras
Capitán Pijama
Charles M. Cadáver
Fera Lunna
Idu Julián
Pi Ontiveros
Smile

www.rigormortisrevista.com
rigormortisrevista@gmail.com
facebook.com/RigorMortisRevista
instagram.com/RigorMortisRevista

CUERPOS A LA CARTA

Ya sea por necesidad, el gusto de llevar lo perverso al extremo o por un mero proceso evolutivo, el canibalismo guarda en su esencia algo místico.
El acto egoísta de consumir carne de tu misma especie implica entrar en un ciclo de reciclaje de personas. De hacer que los débiles aporten su cuerpo para mantener con vida a los superiores.

También implica en la mayoría de los casos asesinato o por lo menos complicidad en quitarle la vida a otro ser.

En Rigor Mortis dedicamos el quinto número de nuestra revista a los caníbales porque queremos descubrir los misterios oscuros alojados en sus mentes.

Sean bienvenidos a saborear de principio a fin estos Cuerpos a la carta.

No desperdicien ni un pedazo de carne ni de cartílago, cada párrafo y cada palabra fue sazonado con esmero en la Morgue.

¡Buen provecho!

EL DIABLO

Autora: La Chica Llamada Cuervo

Ilustración: Fera Lunna

Desde que era chica he estado obsesionada con el infierno, sólo bastaba con cerrar los ojos para poder ver aquella apocalipsis frente a mí: cuerpos siendo rasgados por los dientes de otro ser humano, fuego y lava destruyendo todo mientras que se escuchan los gritos.

Esa era mi idea del infierno, había ido tanto a la iglesia que la creía completa.

En el infierno la gente se come a sí misma decían después de misa, me imaginaba que el sabor a carne cruda con sangre debía de ser horrible.

Intenté encontrar una respuesta leyendo la Biblia pero esto sólo lo hizo peor, las escenas se incrustaron en mi cabeza y creé un infierno al que temía aún más. La simple idea de morir e ir ahí me causaba tanto miedo que me aferraba a la vida lo más que podía, no hacía nada peligroso, siempre me mantenía en el lado seguro, estaba decidida a prolongar mi vida el mayor tiempo que pudiera. Claro, esto fue hasta que mi mamá conoció al Diablo.

Solíamos llamarlo Diablo cuando él no estaba, nos burlabamos de su forma de fumar, de su ropa negra y sus ojos profundos y oscuros, era totalmente un personaje. Ella lo había dejado entrar en nuestras vidas pero las dos pensamos que sería algo temporal.

-El Diablo viene esta noche a cenar, deja la puerta abierta - me decía los viernes que él venía.

Se había vuelto una broma, hablar de cómo él llegaba y teníamos que acomodar la casa a su gusto, hasta que de pronto empezó a tener poder sobre mi mamá.

Empecé a notar un comportamiento raro en ella, estar a su lado me hacía

sentir intranquila; es raro tener que admitir cuando le tienes miedo a la persona que más quieres, pero no hay mejor forma de describirlo, prefería no estar con ella. Siempre que llegaba a la casa encontraba todas las luces apagadas aunque ella siempre le había temido a la oscuridad.

-Mamá ¿puedo prender la luz?

-No hija, al Diablo le gustan las luces apagadas.

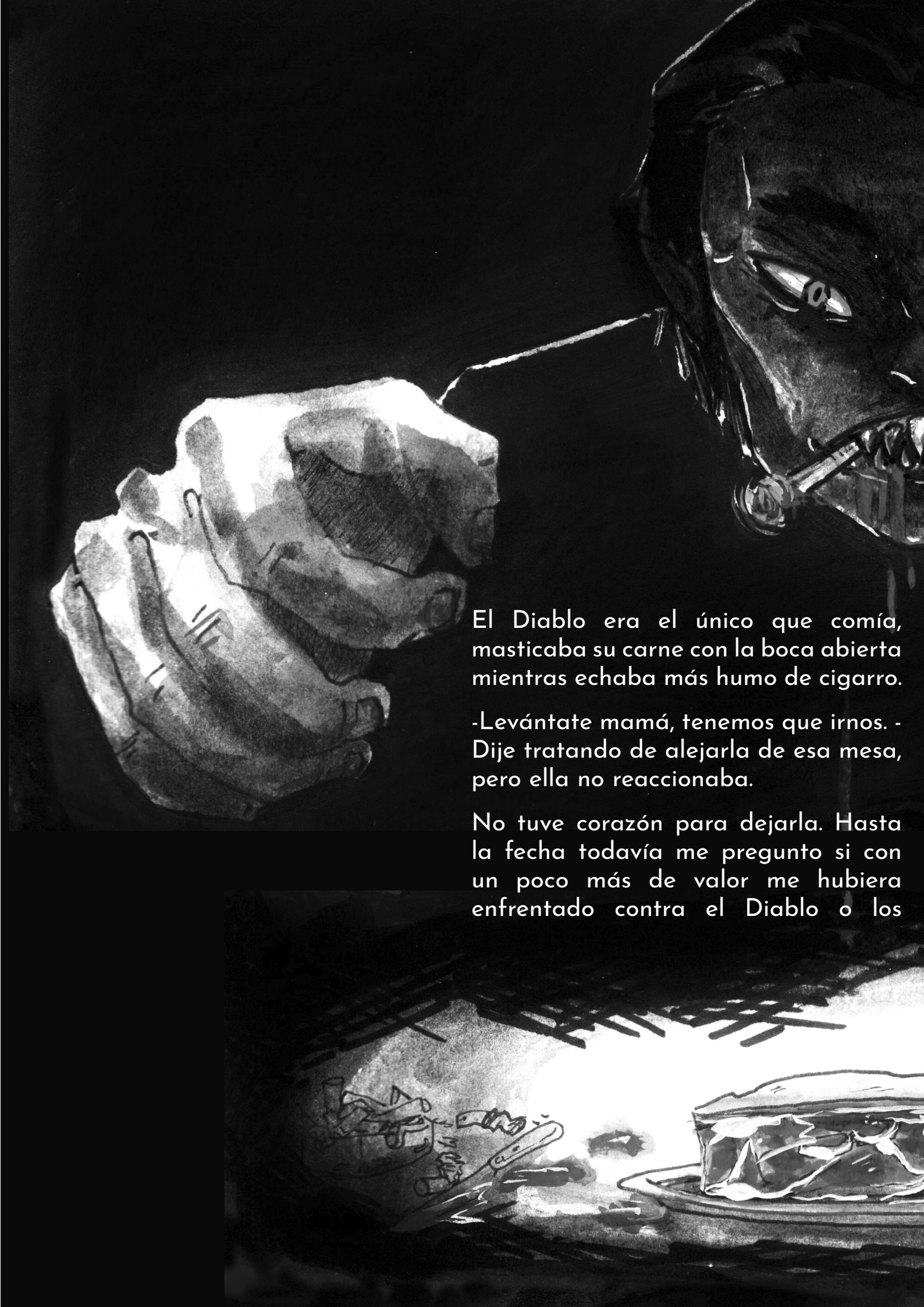
Cuando estaban juntos sólo podía ver la luz de su cigarro y el humo salir de él, ya no distinguía dónde estaba ella y dónde empezaba él, se volvían una masa amorfa que habitaba en la oscuridad y salía humo de ellos.

Después de las luces fueron las ventanas: dejar las ventanas abiertas porque el Diablo viene e incendia la casa con su temperatura. Siempre hace calor cuando él está aquí.

Mi estancia en la casa se hacía cada vez más difícil, procuraba salir para no toparme con él, pero siempre encontraba formas de escabullirse en la casa cuando no lo veía, así sin darme cuenta, ya estaba encerrada con él y todo el lugar se volvía un sauna.

En un momento mi mamá me sugirió que cenáramos los tres juntos como una familia, la simple pronunciación de esa palabra me causaba escalofríos. Lo hice por ella, en el fondo la extrañaba, ya no reía, no puedo ni recordar la última vez que nos abrazamos. Me pidió que dejara mis libros en el cuarto antes de bajar a cenar, tuve que esconder mi Biblia para que no descubrieran mi obsesión por la Apocalipsis.

Al bajar vi que la mesa estaba ordenada pero no había comida. Miré a mi mamá y ella miraba al suelo asustada, parecía que estaba temblando, me acerqué a ella y vi que tenía costuras en la pierna.



El Diablo era el único que comía, masticaba su carne con la boca abierta mientras echaba más humo de cigarro.

-Levántate mamá, tenemos que irnos. -Dije tratando de alejarla de esa mesa, pero ella no reaccionaba.

No tuve corazón para dejarla. Hasta la fecha todavía me pregunto si con un poco más de valor me hubiera enfrentado contra el Diablo o los

hubiese dejado ahí para salvarme a mí misma. Creo que es algo que nunca sabré.

Pasé horas en ese comedor viendo al Diablo comerse pedazos de su amante, la vi a ella mirar sus piernas con tristeza y tocar sus cicatrices como si no pudiera creer lo que estaba pasando.

Poco a poco me empezó a dar hambre pero lo único de comer era ella.

-Una mamá daría todo por sus hijas, hasta a ella misma - me dijo él ofreciéndome un trozo de carne; siempre mastica con la boca abierta.

Al principio me negué, pero él nos encerró en la casa y poco a poco su calor nos fue asfixiando y olvidé esas ganas que tenía de aferrarme a la vida. Quizá si cerraba los ojos podía volver a ver el infierno, ese lugar donde se juzga a los pecadores y las llamas nos queman; ese lugar es mucho mejor que estar aquí.

-Mamá ¿estamos en el infierno? - le dijo mientras tomo su mano y le susurro al oído bajo la mesa.

-Calla hija, el Diablo nos puede escuchar.

Al poco rato se cansó de ella, tras unos cortes extra dejó sus muslos con suturas y se fué de la casa. Pensé que pasaría a comerme a mí, pero fue como si yo no existiera en su mundo, sólo era una espectadora. No sé cuántas horas o días pasé en ese comedor a solas con mi mamá en la oscuridad sin saber si estábamos vivas o muertas.

La eternidad no debería de ser este momento infinito, esta cena en el comedor que nunca acaba. En mi cabeza sigo ahí, con un hambre que me despedaza por dentro pero lo único que puedo comer es parte de su cuerpo mutilado. Cierro los ojos y me esfuerzo por creer que yo ya he muerto y espero el día del Gran Juicio, que el hambre que siento es la vida huyendo de mis órganos. Puede ser que si cierro los ojos, todo el dolor se habrá ido al abrirlo esté en el infierno del que he leído, no en este; pero por más que cierro los ojos sigo escuchando al Diablo mientras mastica y se sigue riendo de mí.

CONCIERTO EN VIVO

Autor: La Pierna de Ajab
Ilustración: Axel Contreras

La música clásica me remite a la infancia. A la mirada perdida de mamá la última vez que la vi

Ese sonido de instrumentos al unísono me lleva a mis primeros años cuando regresaba de clases y espiaba en el estudio de mi padre para sorprenderlo en medio de su caracterización como director de orquesta.

También me transporta al día en el que me escapé de la escuela, llegué antes a casa y encontré a papá, con música de Brahms de fondo, salpicado de sangre mientras que con los dientes arrancaba piel del cuerpo mutilado de mamá.

TESTIMONIO DE UN PENSADOR

Autor: 7u7corp
Ilustración: Fera Lunna

Los alienistas han declarado como cierta mi locura y no les quito razón. Siempre me he vanagloriado de ser un hombre de razones, por lo que puedo juzgar, muy a mi pesar, que ciertamente estoy loco. Así que, como no sé cuándo dejaré de ser yo mismo, aprovecharé para dejar plasmada la poca lucidez que aún repta en mi mente para no ser recordado como un simple psicópata asesino.

Y lo que es peor, como un sucio antropófago.

Nunca había sido realmente diagnosticado como esquizofrénico y aún al día de hoy me resisto a creer que esa enfermedad haya sido la causa de mi deterioro. La verdad es que nunca he sufrido una alucinación: jamás he visto, ni oído, ni sentido nada que no haya estado en la realidad.

Quieren echarle la culpa a una especie de voz patética que me susurra cosas ignominiosas.

Ahí se equivocan.

Tal voz no existe ni ha existido nunca, y si hubiese existido, juro por lo más sagrado que habría podido soportar la tentación de callarla con tal de no obedecerla.

No, el motor de todo no fue una voz.

Todo inició luego de que fui asaltado por un hombre que, en la desesperación propia del atracador inexperto, me apuñaló con el cuchillo que usaba para coaccionarme. Me porté como un asaltado ejemplar, fui obediente y sumiso, pero algo me dijo que sus razones no fueron diferentes a las mías. A las que me empujarían después a cometer atrocidades que hoy me hacen detestable.

Fui agredido. El ataque me llevó a pasar semanas en terapia intensiva porque logró perforarme el bazo. Mi esposa y mis tres hijas sufrieron tremendamente, pero vieron jubilosas cómo me restablecí y seguí viviendo.

Lo transcendental fue que los especialistas y yo coincidimos

que hubo un cambio dentro de mí. Discrepemos de lo que fue, pero empecé a experimentar pensamientos desagradables que se los adjudiqué a la rabia que sentía, quizá natural, respecto al malnacido que me atacó.

Empecé a imaginar formas en las que pude haber detenido la estocada y dejarlo inmóvil, formas en las que pude haberlo mandado a terapia intensiva y no al revés.

Pensamientos muy explícitos.

¿Cuándo había imaginado yo que le sacaba los ojos a alguien o que le desencajaba la mandíbula poco a poco a patadas?

Fue terrible, pero pensar así calmaba un hambre que se gestaba lentamente en mi interior. Cuando no pensaba en destruir a mi agresor se apoderaba de mí una ansiedad maldita. Se manifestaba como una comezón por todo el cuerpo. Debajo de la piel. Insistente, inflexible.

Y por más que rasguñara, mordiese o golpease mi cuerpo, lo único que lograba paliar un poco estos paroxismos macabros era imaginarme asesinando al hombre que me asaltó.

No, el motor de todo no fue una voz. No fue siquiera aquella picazón infernal en todo el cuerpo.

Lo peor inició cuando me acostumbré a pensar en violencia.

Me había vuelto mucho más volátil. Más irascible. No toleraba que mi mujer se me acercara y repudié muchísimo a mis hijas, quienes seguro llegaron a odiarme.

Desde que volví de terapia intensiva no volví a hacer el amor con Clara, mi esposa, y toda la degeneración empezó a tomar terreno en mi mente.

Gritaba con mucha facilidad, aunque yo jamás había levantado la voz en mi casa. Más de una vez llegué a estar a punto de golpear a mi esposa, detenido por una pequeña parte de mí que aún me gritaba que la amaba, parte de mí que, con el tiempo, fue estrangulada por la vehemencia que me consumía.

Al cabo de una temporada no calmaba mi hambre. Sólo pensar en matar al delincuente, a mi mujer, a mis hijas, a un maldito anciano, al vecino o a cualquier otra persona que viese no era suficiente. Empecé a ponerme demencialmente ansioso y pululaba por la casa con la única idea en mente de escapar de mi necesidad.

Hasta que, cuando creí que estaba

a punto de acometerme un ataque de pánico, vi algo que me llamó fuertemente la atención.

Allí, en el espacio que quedaba entre una estantería y la pared: era una araña, pequeña, negrísima y esbelta, que bailaba grácilmente sobre la telaraña en que se suspendía.

«MÁTALA»

Juro que no lo oí, no lo vi. Ni siquiera se manifestó como un cartel de cine mudo, en alguna tipografía rara en el muro blanco de mi mente febril. Sólo apareció, como el pensamiento más espontáneo que pudieron generar trillones de neuronas.

Pero lo reconocí como advenedizo.

Un pensamiento impropio en mi cabeza se impuso y me calló el cerebro con su autoridad.

No me resistí porque, aunque sentí que el pensamiento no fue mío, el estado deleznable en el que me hallaba no me permitió razonar el significado de aquella idea.

No supe qué mierda significaba el haber pensado algo que realmente no había querido yo. Pero el par de segundos que invertí en admirar la araña y pensar fueron suficientes para que me empezara a picar la piel debajo de los pies.

Me abalancé sobre la estantería con una furia asesina. Quedé frente a la araña y le lancé un manotazo para aplastarlo contra la pared dejando una pequeña marca marrón.

Y ya no pude parar.

Empecé a lanzar patadas eufóricas a la pared, gritando, hasta que no quedó ni el menor rastro de ella.

En fin, eso me calmó.

Así progresó mi necesidad de hacer daño. Maté lagartijas, gatos y perros de la forma más violenta que pude. Los dejaba vueltos tristes amasijos abotargados de carne revuelta, a punta de golpes, supurando sangre. Y todo empujado por mis pensamientos.

No, el motor de todo no fue una voz. Fueron pensamientos que no puedo decir que no hayan sido míos. Por eso afirmaba que estaba loco.

No es difícil saber de qué tipo fue mi siguiente víctima.

•••

EJEMPLAR DE MUESTRA

Si quieres disfrutar la versión completa de esta historia y aun más cuentos, visita nuestra pagina:

https://www.rigormortisrevista.com/

EJEMPLAR DE MUESTRA